

Reseña de Publicaciones

Asunción Blanco-Romero, Macià Blázquez-Salom, Manuel de la Calle Vaquero, Alfonso Fernández Tabales, María García Hernández, Rubén Camilo Lois González, María del Carmen Mínguez García, Rosario Navalón García, Enrique Navarro Jurado, Libertad Troitiño Torralba. *Diccionario de Turismo*. Editorial: Cátedra. Año: 2021. Páginas: 389.

ISBN: 978-84-376-4200-0

Antonio Miguel Nogués Pedregal*

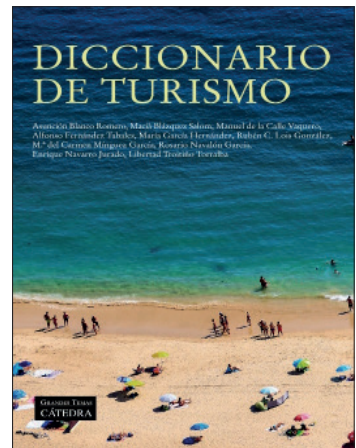
Universitas Miguel Hernández (España)

Un diccionario es un instrumento básico para asentar el conocimiento científico. Su elaboración no es nada fácil. Se requiere de una enorme capacidad de síntesis y de una gran claridad pedagógica, lo que supone un esfuerzo intelectual inmenso. Por este solo motivo ya hay que agradecer a sus autores¹ todo el tiempo que le han dedicado y que, a tenor del resultado, ha sido mucho.

Quiero comenzar subrayando que me ha llamado la atención, muy positivamente, el elemento que considero más distintivo de este diccionario: *todos* los autores se hacen responsables de *todo* el contenido. El consenso es lo que ha primado en su elaboración y prueba la calidad científica del texto: hay entradas que han tenido hasta tres y cuatro versiones. Sin duda es un excelente ejemplo de producción intersubjetiva de conocimiento que no suele ser habitual (cf. Jafari & Xiao, 2014).

Sin embargo, para valorar en su justa medida el esfuerzo y evaluar el resultado es importante subrayar que la siempre compleja elaboración de cualquier diccionario aumenta cuando de lo que se trata es de poner orden en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales. Esto es así por dos motivos principales. En primer lugar, porque estas ramas del saber muestran una fortísima inclinación y gusto por la logomaquia y, en segundo lugar, por lo que Alfred Norton Whitehead llamó *el paralogismo de las concreciones fuera de lugar*. Me explico.

En las humanidades y las ciencias sociales enfrentamos un obstáculo que es insalvable: la aplicabilidad de los resultados. Todas las investigaciones científicas encuentran problemas a la hora de la aplicación *real* de sus resultados, pero, en nuestro caso, resultan *más* difíciles de identificar porque son *menos*... tangibles. Si nuestras investigaciones apenas se aplican no es solo por falta de presupuesto o por intereses empresariales, como pudiera ocurrir con el retraso en la aplicación del desarrollo biotecnológico de algún



* E-mail: amnogues@umh.es; <http://orcid.org/0000-0002-8352-4488>

nuevo material o el descubrimiento de una fuente de energía alternativa, sino por esa infinita y densísima red de intereses sociales, políticos, económicos, culturales... que es la realidad y que, precisamente, queda al descubierto gracias a nuestras investigaciones. Esto, unido al no menos importante solipsismo que caracteriza a los humanistas y científicos sociales —quizás derivado de lo anterior— ha facilitado que las especialidades *de letras* se hayan visto relegadas a un segundo plano cuando de lo que se trata es de abordar asuntos *importantes* para la realidad tangible.

Esta subordinación científica del conocimiento *de letras* se ha interiorizado y provoca que muchos sientan —digamos— un poco de envidia de la claridad con la que *las ciencias* hablan y delimitan los objetos que estudian². De hecho, aunque aún no se haya conseguido constatar la existencia del gravitón³, los modelos matemáticos teorizan su existencia y pocos físicos lo ponen en duda. Si no se ha detectado es por limitaciones tecnológicas —como ocurrió con el bosón—, pero no por endebleces de la formulación cuántica.

Esta suerte de *envidia epistemológica* lleva a muchos investigadores a realizar tremendos esfuerzos para aclarar a qué se refieren cuando utilizan palabras como ‘turismo’, ‘ocio’ o ‘actividad recreativa’. A diferencia de *las ciencias*, que pueden enseñar un cloroplasto y reproducir la fotosíntesis en un laboratorio, *las letras* apenas pueden hacer más que esforzarse en definir los instrumentos que utilizan para pensar, describir y analizar la realidad que observan: las palabras. Por eso los diccionarios científicos son herramientas *fun-da-men-ta-les* para las investigaciones de *letras*. Lamentablemente no se les presta demasiada atención ni se les reconoce su potencialidad heurística o, al menos, no se les cita con la frecuencia que se debería. No en vano, en la literatura científica se ven muchas más referencias al DRAE que a cualquier otro diccionario.

Este escaso uso de diccionarios y enciclopedias científicos provoca que se malgasten párrafos para definir un objeto de estudio, una unidad de análisis o una de observación, según tal o cual escuela, paradigma o autor. Estoy convencido de que la consulta y correspondiente cita de la entrada de un diccionario con la calidad de este, ahorraría mucho tiempo, mucho espacio y, sobre todo, mucha energía.

La definición de cualquier elemento de los que constituyen el mundo o de los que utilizamos para referirnos a este, supone, ante todo, su delimitación; por tanto, es un ejercicio de poder. No podemos olvidar esto. Por eso, al ser un ejercicio de poder y al ser el poder un relación procesual y dialógica, cualquier definición es siempre tentativa, momentánea e histórica. De aquí que, aunque haya definiciones en *las ciencias* con siglos de antigüedad, ningún concepto de los que utilizamos en *las letras* ha concitado unanimidad ni tiene validez durante muchos años. Apenas hay acuerdo en conceptos tan primordiales como ‘sociedad’, ‘cultura’ o ‘poder’. No digamos ya en determinar procesos como ‘patrimonialización’, ‘globalización turística’ o ‘turistificación’. Esto está bien porque, de hecho, no podría ser de otra manera. La naturaleza fugaz de la realidad social impide su acotamiento. Sin embargo, esta intrínseca ambigüedad, inestabilidad y estacionalidad de los conceptos deriva más en logomaquia que en un acercamiento riguroso y honesto a su crítica.

Los conceptos, en tanto que instrumentos elementales del quehacer científico, hay que someterlos al campo y comprobar su potencia heurística para pensar, describir y analizar la realidad. Sin duda, debemos pensar *contra* los conceptos acuñados, pero hay que hacerlo con la intención de subirse sobre ellos para, como dice el aforismo científico, ver más lejos. Este diccionario, como todos los que han sido y serán, puede y debe servirnos para esto mismo precisamente: para subirnos a sus hombros, dejar de divagar sobre si son galgos o podencos, y probar su potencia descriptiva y analítica.

El segundo aspecto para valorar mejor este diccionario es lo que Alfred Whitehead llamó *el paralogismo de las concreciones fuera de lugar* (1926, p. 64). El error de confundir lo abstracto con lo concreto lleva a creer que los conceptos con los que pensamos existen *en realidad*, es decir, que son objetos mensurables, manejables y administrables. Precisamente, en una reseña sobre un diccionario es importante recordar que los conceptos científicos son términos que sirven para comunicar ideas sobre el mundo y sobre lo que pasa en él. Estos conceptos son productos intelectuales que no se pueden tocar, que solo se pueden enunciar y que deben ser consensuados y compartidos por una comunidad científica. Tienen una vigencia limitada porque aquello a lo que se refieren, muta.

Aquí radica el reto intelectual que enfrentó este trabajo desde su concepción: al contrario que la curva braquistócrona, que es comprobable física y matemáticamente, los fenómenos sociales son inasibles e irrepetibles. Son muy difíciles de aprisionar en una definición que, además, trascienda su contexto de enunciación. Todos lo sabemos. Sin embargo, por esa envidia epistemológica que mencioné —muy influida por aquella propuesta positivista de *tratar los hechos sociales como cosas*— en *las letras* existe una fuerte tendencia a aferrarse a los conceptos como si anteciesen a su propia definición.

Pensemos por ejemplo el concepto ‘turismo’—y subrayo que no utilizo la preposición ‘de’. Si empleara la preposición estaría afirmando—siquiera gramaticalmente—que el turismo antecede a su propia definición y que lo que hago es acotarlo según los criterios de tal o cual institución—por ejemplo, *de* la OMT— o *de* tal o cual escuela de pensamiento. Sé que suena áspero no utilizar la preposición, pero al escribir concepto ‘turismo’ subrayo que, al menos a efectos científicos, el turismo *es* un concepto y no existe hasta que no acordamos qué elementos (procesos, agentes, prácticas, relaciones, etc.) son los que constituyen ese conjunto que vamos a denominar con tal significante. No hay esencia. Así pues, preguntas del tipo *qué es el turismo* o *qué es la globalización* o *qué es tal o cual fenómeno*, no tienen ningún sentido científico, ni sirven para absolutamente nada que no sea para perder el tiempo en dirimir si son galgos o podencos. Ni el turismo, ni ningún otro fenómeno social de los que estudiamos desde *las letras* existen hasta que consensuamos su contenido y le ponemos nombre.

Para que las preguntas adquieran potencia científica debemos invertir el pensamiento deductivo y pensar a *qué conjunto de elementos es a lo que vamos a llamar turismo, globalización, turistificación*, etc. Los esfuerzos de investigación no se desperdiciarían en averiguar si tal o cual proceso *es* decrecentista, turistificador o turismofóbico, sino que se centrarían en la descripción y análisis de las prácticas y objetos observados, elementos últimos del quehacer de las investigaciones *de letras*.

En este contexto de eternas polisemias, constante creación de términos, re-conceptualizaciones de términos importados de otras ramas del saber (p.ej. ‘resiliencia’), en fin, en este contexto de creatividades sumas y anfibologías varias, es donde encuentra su valor este diccionario. Por ello es muy bienvenido.

Enfrentados a este denso dilema epistemológico y metodológico, los autores del diccionario toman una posición muy acertada: conscientes de la imposibilidad de aprisionar el mundo del turismo y sus metamorfosis, construyen el diccionario a partir de la definición *de* la OMT.

Para abordar más de cincuenta modalidades de turismo eluden el problema de la sustantivación, dan por buena la de la OMT y dedican su esfuerzo intelectual a la caracterización del adjetivo: residencial, negro, electrónico (e-turismo), experiencial, sénior, micológico, sostenible, LGTBIQ+, de raíces, etc. Evidentemente, estas categorías no resultan disjuntas, es decir, no son excluyentes porque comparten características; pero es que lo contrario es imposible en *las letras*. Así que optar por definir modalidades es un buen método. Si bien hay que hacerlo con la precaución de que dichas modalidades provienen del lenguaje de la mercadotecnia y, por tanto, no sirven a intereses científicos sino empresariales. Antes de utilizarlas para la descripción y el análisis hay que operativizarlas identificando los elementos que las constituyen. Aunque no cabe desarrollar esto aquí.

De hecho, hace tiempo que defiendo que debemos hablar de turismos y no de turismo, porque el singular no aporta nada, salvo a las perspectivas económicas que simplifican la realidad o al discurso que lo presenta como herramienta capitalista de desarrollo legítima (Yanes Torrado, 2021, pp. 153-181).

La idea de modular los sustantivos de abstracciones fenoménicas con adjetivos es acertada. Al añadir *turístico* a complejidades como globalización, recurso, satisfacción, colonización, deslocalización, resiliencia, seguridad, mirada, mercado, etc. estas se operativizan; es decir, se hacen útiles para que otros investigadores las empleen en sus investigaciones y, así, todos sepamos de qué hablamos y podamos realizar comparaciones para mejorar nuestro conocimiento.

Todos los autores del diccionario tienen demostradas sus capacidades científicas y forman parte del grupo de trabajo de geografía del turismo de la Asociación Española de Geografía. Porque el enfoque geográfico está presente en todo el texto: desde la elección de las voces hasta, por supuesto, la redacción de las definiciones. Como no podría ser de otra manera, la dimensión espacio-territorial y la visión del turismo como actividad económica lo permean todo. Un buen ejemplo es la voz ‘espacio turístico’ que remite a ‘destino turístico’ (¿sinónimos?) definido como «territorio singularizado receptor de flujos turísticos [donde] se localizan los recursos turísticos que...»; o la voz ‘lugar’: «Espacio concreto, con una localización precisa, al que se le reconoce una identidad propia» tanto por la población local como por la externa; o la entrada ‘paisaje’: «porción del espacio geográfico que abarca la mirada humana a una escala intermedia», etc.

El índice de términos desvela que el diccionario, aunque claro y didáctico, no tiene pretensión de exhaustividad. De hecho, aunque sé que no puede aparecer todo, me ha sorprendido mucho que no haya entrada para términos como ‘territorio’ o ‘tiempo’ siendo, como son, los pilares de los ‘flujos turísticos’. Tampoco hay, por cierto, una entrada ‘cultura’ o ‘naturaleza’, aunque sí las hay para sus productos (‘naturismo’, ‘turismo cultural’, ‘turismo de naturaleza’ y ‘patrimonio’) o aspectos relacionados (‘conservación de la naturaleza’, ‘itinerario cultural’, ‘recreación histórica’ o ‘interpretación del patrimonio’).

Por todo esto, creo que el título más apropiado hubiese sido *Diccionario geográfico del turismo*. No estoy seguro, pero creo que el título *Diccionario de turismo* responde más a una estrategia editorial

que a la intención holística de los autores. Sea como fuere, el diccionario es de obligada consulta para cualquier persona interesada en comprender todo lo que se mueve alrededor de la industria turística. Desde luego, no concibo un estudio socio-antropológico o económico-empresarial serio que eluda la dimensión territorial; en este aspecto, los conceptos provenientes de la geografía son irremplazables. Este es un diccionario especializado y escrito para personas interesadas en una temática concreta y que, por decirlo de alguna manera, conocen los fundamentos del campo de estudio.

En este diccionario científico encontramos la tipología conceptual básica. Entre los conceptos *más* operativos la mayoría son, por supuesto, clasificatorios (por ejemplo, las cincuenta y tantas modalidades turísticas). Muchos son métricos ('capacidad de carga', 'indicador turístico', 'flujo turístico', etc.) e incluso los hay con finalidad comparativa ('huella ecológica', 'innovación turística', 'microdestino', 'diferenciación', etc.).

También cabe diferenciar entre aquellos que refieren a unidades de análisis —lo que queremos estudiar— y a unidades de observación —donde queremos estudiarlas. Hay voces referidas a objetos ('parque temático', 'hotel', 'equipamiento', 'complejo turístico', 'chiringuito', 'ruta turística' etc.); a procesos econométricos y estrategias tecnocráticas (p.ej. 'innovación', 'destinos turísticos inteligentes', 'satisfacción turística', 'fidelización' o 'cadena de valor') y también a herramientas analíticas ('ciclo de vida del destino') o a reformulaciones de palabras del lenguaje cotidiano o provenientes de *las ciencias* (p.ej. 'impacto', 'fiesta' o 'resiliencia').

La lectura de aquellas voces con las que estoy menos familiarizado me ha resultado esclarecedora. No obstante, en algunos casos, como en la distinción entre 'cicerone', 'greeter' y 'free-tour', 'quedaría más claro si se hubiesen explicado sus diferencias en una sola entrada, aun listándolas todas en el índice de términos.

Por su parte, la lectura de aquellas voces a las que, por mi deformación disciplinaria y trayectoria investigadora estoy más acostumbrado, no me ha disgustado. Entradas como 'identidad', 'fiesta', 'autenticidad', 'patrimonio' o 'cooperación al desarrollo' están bien resueltas.

Las voces que se refieren a unidades de análisis, especialmente aquellas que describen la complejidad fenoménica de los contextos turísticos, merecerían un comentario más detallado; pero es una recensión y hay un límite de palabras. El fuerte componente ideológico que acompaña a la conceptualización de estas ideas hace que su inclusión sea siempre compleja porque se refieren a procesos multidimensionales. Pienso en términos como 'turistificación', 'competitividad', 'patrimonialización', 'decrecimiento', 'colonización', 'gentrificación', 'puesta en valor', etc. Sin embargo, que su contenido sea el resultado de un trabajo coral aporta, como decía al principio, todo el valor y calidad que tienen los productos intersubjetivos.

Eso sí, considerando que es un trabajo de exquisita calidad científica, me hubiese gustado leer en una introducción cómo se organizó el ingente trabajo que, se nota, sustenta esta obra, así como la metodología seguida para la selección de los vocablos o la redacción final de las entradas. El prólogo de Fernando Vera Rebollo está muy completo. Sin embargo, hubiese sido interesante para los exégetas y teóricos como el que esto reseña, por ejemplo, saber qué motivos científicos llevaron a convertir en sinónimos 'espacio turístico' y 'destino turístico' o a usar la cursiva en *balearización*, *disneyzación*, *marbellización*.

Muchas veces me he manifestado en contra del colonialismo lingüístico por lo que este supone de sumisión en la producción de conocimiento científico válido y creo que cualquier oportunidad que no se aproveche para reivindicarnos como legítimos productores de conocimiento es una oportunidad perdida. Este diccionario muestra una enorme sensibilidad por esta cuestión y debo subrayarlo. Cada entrada no solo aparece traducida a los principales idiomas de España y al inglés, francés y alemán, sino que se prioriza el término en castellano en la inmensa mayoría de los casos. Así 'hostel' remite a 'albergue', 'pro-poor' a 'cooperación al desarrollo', 'branding' a 'marca territorial', 'touring' a 'circuitos turísticos' entre otros muchos. Es cierto que, excepcionalmente, aún se privilegia la voz inglesa ('enclave' o 'complejo turístico' remiten a 'resort turístico' o 'bajo coste' a 'low cost'), pero estoy seguro de que hay alguna buena razón para ello.

Además del tratamiento lingüístico, el diccionario tiene otro detalle que lo distingue: el soporte gráfico mediante diagramas, esquemas y fotografías. Lástima que la calidad de reproducción sea pésima (fotografías sin contraste y algunas empastadas), pero el hecho de que estas sean de los autores es un indicativo de que llevan años trabajando esta temática y saben de lo que hablan. Mención aparte, sin duda, merece el dibujo que ilustra la voz 'turismo' que, con diferencia, la convierte en la entrada más linda que he visto nunca en ningún diccionario científico.

Por todo esto, debemos aplaudir a sus autores. Ahora es el turno para que la comunidad científica compruebe si, efectivamente, estas definiciones sirven para identificar, describir y analizar lo que pasa en contextos turísticos. Por mi parte, aunque soy propicio a crear mi propia terminología, haré un ejercicio

de humildad y probaré la potencia de estas definiciones. Como primer paso, me parece más certero el concepto 'distrito turístico' que el que yo utilizaba: 'territorio turístico'. Lo examinaré con detenimiento. Pensaré *contra* su delimitación, pero pensaré desde la honestidad.

Este diccionario debe convertirse en un libro de escritorio y de obligada consulta para todos a los que nos interesa lo que ocurre en contextos turísticos.

Referencias

- Jafari, J., & Xiao, H. (Eds.). (2014). *Encyclopedia of Tourism*. Cham: Springer International Publishing. <https://doi.org/10.1007/978-3-319-01669-6>
- Whitehead, A. N. (1926). *Science and the modern world* (1929 ed.). Cambridge: Cambridge University Press. <https://archive.org/details/b29978531/page/64/mode/2up>
- Yanes Torrado, S. (Ed.). (2021). *La cuestión turística. 13 entrevistas para repensar el turismo*. El Sauzal, Tenerife: Pasos Edita / Alba-Sud. <http://pasosonline.org/es/colecciones/pasos-edita/185-numero-28-la-cuestion-turistica-trece-entrevistas-para-repensar-el-turismo>

Notes

- ¹ En aplicación de la Ley 3/2007, de 22 de marzo, para la igualdad efectiva de mujeres y hombres, toda referencia a personas o colectivos en masculino, hace referencia al género gramatical neutro.
- ² Aunque criticable, me parece más válida la división entre *ciencias* y *letras* que las establecidas por la gestión del conocimiento, entre otras razones, porque la distinción *Geistes- / Naturwissenschaften* se asienta en valores epistemológicos y metodológicos y no en estabulaciones académicas.
- ³ Partícula hipotética que, de acuerdo con la teoría cuántica de campos, *portaría* la fuerza de la gravedad.

Recibido: 07/03/2021
Aceptado: 21/04/2021
Sometido a evaluación por pares anónimos